

EN CARTA A MATUTINO, TOMIC DA VERSION DE SU POSICION EN CONSEJO D. C.

Santiago, 27 de julio de 1971

Señor
Director de "El Mercurio"

PRESENTE

Señor Director:

Para evitar que continúen apareciendo versiones contradictorias —también en "El Mercurio"— de lo que dije en el Consejo Nacional DC en Las Ventientes, le ruego publicar esta carta.

Abordé tres problemas: 1) Fundamento doctrinario de la DC y su ubicación en la política chilena; 2) Estrategia y tácticas correspondientes; 3) Situaciones que amagan la unidad interna.

Sólo puedo resumir aquí, en sus líneas más esquemáticas, una exposición que duró 40 minutos.

En el terreno político fundamental sostuve que la DC —como ayer la Falange Nacional— sólo puede ser un movimiento revolucionario de inspiración cristiana, aunque no confesional, comprometido a la construcción acelerada de una nueva sociedad basada en la participación dominante del pueblo organizado; antagónico por definición al capitalismo, a su escala de valores y a sus estructuras institucionales. No nos salimos del Partido Conservador por estimar que la Derecha defendía mal el viejo orden capitalista (ahora neo-capitalista) y que era necesario fundar un Partido nuevo para defender mejor con nuevos "slogans" y más habilidad, lo esencial de esos intereses. Nacimos primordialmente como una "alternativa frente al capitalismo", responsable de la frustración nacional, de la alienación de nuestro pueblo, de la pobreza interna y la dependencia de nuestra economía. Por supuesto que tal visión revolucionaria, de inspiración cristiana, del hombre y del orden social y del proceso histórico en curso, nos distingue también nítidamente del marxismo tradicional.

En relación con la estrategia y las tácticas legítimas para la DC, sostuve que el reconocimiento del pluralismo como exigencia irrenunciable para hacer en Chile una revolución democrática, había llevado progresivamente al PDC a buscar acuerdos con la Izquierda, ya que es la Izquierda y no la Derecha la que combate el viejo orden social; y que este proceso había culminado con el programa y la campaña presidencial del 70 en que propiciamos la Unidad del Pueblo como el instrumento indispensable para "la revolución chilena, democrática y popular". O, utilizando la definición de Cartagena, "el socialismo comunitario, pluralista y democrático". Expose francamente que la tesis de la Unidad del Pueblo sostenida por la DC durante la campaña presidencial y reiterada después en varias oportunidades de gran alcance político por las Directivas presididas por los Senadores Prado e Irureta, no había sido aceptada por la Unidad Popular, en ocasiones, con rechazos explícitos. Dije que es en esta actitud negativa, sumada al odioso sectarismo con que han actuado numerosos representantes del gobierno y de la U.P., en donde está la primera causa y la mayor responsabilidad del antagonismo creciente entre la DC y la UP. Sin embargo, agregué que la respuesta adecuada para la DC no era "entenderse con la Derecha para enfrentar a la Unidad Popular en todos los sectores de la vida nacional", sino persistir en la búsqueda de la Unidad del Pueblo en las bases mismas de la Nación, denunciando implacablemente el sectarismo antinacional y antipopular que ha predominado hasta ahora en la UP. Debe ser claro para todos que si el Gobierno prefiere que la Democracia Cristiana esté en la Oposición, el PDC estará en la Oposición y hará Oposición en forma leal pero resuelta. Que la Unidad del Pueblo sea un imperativo patriótico y una exigencia indispensable para cualquier proceso revolucionario dentro de la actual realidad chilena, no puede significar en ninguna circunstancia que la DC "se haga el harakiri" y se resigna a bien morir porque así lo desea la UP. Todo lo contrario, precisamente porque sabemos que sin la Izquierda Cristiana (y eso define a la Democracia Cristiana como tal y no solamente a algunos grupos) no puede haber en Chile un proceso revolucionario, pluralista y democrático. Insistí en nuestro categórico rechazo a un modelo socialista impuesto por la violencia armada y el aniquilamiento dictatorial del pluralismo ideológico y de las libertades personales.

Finalmente, me referí a dos factores que amagan la unidad interna. El primero, la necesidad de reconocer explícitamente a los demócratas cristianos un grado razonable de libertad de disenso interno, abandonando la tentación del monolitismo de opiniones y las descalificaciones megalas o disciplinarias abusivas. El segundo, la necesidad de impedir que se formen fuera del Partido pero al servicio de objetivos esencialmente políticos, centros de poder publicitario y económico que rápida e inevitablemente distorsionan desde afuera la acción de la Democracia Cristiana y su imagen exterior, terminando por ejercer una influencia mucho mayor en la orientación de los militantes y de la opinión pública, que la que pueden llegar a ejercer el propio Consejo Nacional o la Junta Nacional.

Esto resume las opiniones que di en Las Ventientes. Le agradezco su publicación y quedo su atto. s.s.

Radomiro Tomic